

# Lo qué es el padre y una interpretación entre otras

Desde el asombro de los hijos



*Para el Oso, Jorge Raúl Prada Mendez*

En el nombre del *Padre*, en referencia a *historia de vida y memoria familiar*, la *escritura* emana desde las entrañas geológicas del *afecto* de hijos, que admiran la armoniosa fulguración de tu perfil en el *tiempo*. El equilibrado carácter que expresa *madurez* ante los avatares de la *vida cotidiana* y de los desafíos sociales. Este rasgo dibuja tu *perfil humano* transmitido en *gestos y actos*, en *palabras* sabias modulantes de predisposiciones descendientes. Tu *presencia* multiplicada en los hijos, nietos y bisnietos, es herencia inconmensurable dejada por tu transcurrir honesto. No es fácil *descifrar* tus *mensajes* en su *integralidad* conjugada, pues hay *expresiones* explícitas y *expresiones* implícitas; hay lo que se dice en la *voz* cariñosa o, en su caso, de orientación, incluso de llamada de atención; hay lo que se manifiesta en el *comportamiento* transparente y ético; pero, también hay, lo que se emite sin pronunciarlo, lo que connota varias proyecciones en distintos recorridos, que contiene la influencia de la actitud paterna. En este caso, lo que importa es *intuir* la *compleción* plena de las denotaciones y connotaciones de tu *acontecer* como padre y como amigo, como referente y atmósfera cobijadora de nuestras trayectorias.

No es suficiente decir cuánto te queremos y admiramos; esto lo hemos hecho antes, en las oportunidades dadas. Lo importante es compartir contigo la *textura* de tu *incidencia* en el *mundo* que compartimos; eres el *eje* con el que participamos familiarmente en el *mundo efectivo*. Aprendimos a *interpretar* el *mundo* con los *signos* que nos donaste, desde tu *experiencia*. Aunque aprendimos otros *signos* en los registros, archivos y bibliotecas del mundo, con los cuales también descifrábamos las marcas, señales y signos emitidos por el *devenir mundano*, los signos que nos regalaste son como el *núcleo* ordenador afectivo del *sistema de signos* que hacen al *lenguaje* aprendido.

No se trata de ninguna *apología* al *padre*, a nuestro *padre* concreto, específico y con nombre propio, sino del *reconocimiento* asombrado de tu *trayectoria* consecuente; amor a la familia y a tu profesión. Escepticismo a las *promesas utópicas*, sin embargo, apertura a las búsquedas honestas como las de Sergio Almaraz Paz y Marcelo Quiroga Santa Cruz. Preocupación por las aventuras del hijo "vanguardista" y por el porvenir de los hijos y de la hija, que enriqueció el bagaje de la familia nuclear. Cuando tenías que serlo, tu severidad era siempre sostenida por un cariño inmenso y plagado de apertura; tu *pedagogía* abierta era conformada por la exigencia de disciplina y coherencia. Desprecias las demagogias y las charlatanerías, las poses y las fintas, los teatros dramáticos. Te detienes a meditar cuando parece darse la consecuencia, aunque esté impregnada de *barroquismos* o *bocetos* todavía no logrados. Me demostraste que el *equilibrio* no es el *punto medio aristotélico*, sino la *ecuanimidad* de las ponderaciones ante circunstancias cambiantes. Es difícil seguirte cuando, en la inmadurez innata, uno se deja llevar por las pasiones y la ideología. Empero, se aprende con los años.

Nadie es perfecto en el sentido absoluto, sin embargo, hay algo más eficaz que la *perfección* y es la *armonía*. La *perfección absoluta* es un *ideal ortodoxo*; la *armonía* es el constante *aprendizaje* realizado en *esquemas de comportamientos*. La *perfección* para dejar de ser *ideal*, es decir, *abstracción*, para hacerse *concreta*, tiene que ser desenvuelta como *armonía*; como *composición sinfónica* de conductas, prácticas, concepciones, afectos y relaciones incluyentes en los *entornos del mundo efectivo*. Lo admirable es la *armonía* desplegada en tus recorridos por los territorios del mundo que te tocó, tocas y atraviesas. Por eso, otra enseñanza tuya es la de que el

*valor* o la *valoración* no está en el *ideal* o los ideales, sino en la coherencia.

No es posible lograr *coherencia* cuando se tiene rencores, cuando se odia, cuando se actúa por resentimiento; hemos aprendido de tí que primero es el *afecto*, donde se asienta el pensamiento y de donde emerge la *práctica* adecuada. No te dejas llevar por sentimentalismos, tampoco por idealismos; prefieres el *sentido práctico* de la *idea* o el *ideal*. Lo que no es lo mismo que el *pragmatismo* del *sentido común*, sino se trata de la *viabilidad* de los *ideales*. Después de los avatares aventureros de mi "radicalismo", que enseñan por *experiencia*, atemperando las exacerbaciones, entendí que se trata, sin dejar de ser *radical*, de no dramatizar la incidencia de las acciones ni de las palabras. Creo que también tus hijos y tu entrañable hija, nuestra hermana, también aprendieron que de lo que se trata es de *actuar* articulando todos los planos de intensidad, dicho matemáticamente, todas las *variables*. Esta *integración* es, además de ser abarcadora, incluyente de la *complejidad* de los desafíos. Esa es la otra lección aprendida desde la elocuencia de la atmósfera que irradas.

Entonces, el problema no radica en las distintas cosmovisiones de cada quien, sino en la capacidad y el logro de la *integración* de los distintos *planos de intensidad*, que componen el *recorte de realidad*, donde nos movemos. Actuar en consecuencia es actuar en la *complejidad*, no actuar según deducción de *paradigma teórico* o *ideología*; lo que sería excesivamente restrictivo. Como anotamos antes, no se trata ni de *pragmatismo* ni de *realismo* del *sentido común*, sino de un *existencialismo consecuente*, si podemos hablar así. Esta es otra lección aprendida de tu manera de *ser en el mundo*.

Los denominados "intelectuales" reducen el *mundo* a las *representaciones*; esta reducción es *idealista*, por más que se proclamen, los de la corriente correspondiente, "materialistas"; pues el *mundo efectivo* no se mueve solo en el campo de las *representaciones*, sino que el *plano intenso* de las *representaciones* es posible como intersección de los múltiples *planos* no *representativos* o no reductibles a la *representación*. Por eso, es *idealista*, en el sentido que definen los *materialistas* a esta definición, cuando se circunscribe la *complejidad* del *mundo efectivo*, sinónimo de *realidad*, al *paradigma* de la *representación* "materialista". En cambio, se es plenamente *materialista* cuando se logra *interpretar* la *complejidad dinámica* de la *realidad*, leyendo las distintas *gramáticas*, los distintos *lenguajes*, en los distintos *planos de signos* de la *semiótica*, no solamente la del *lenguaje* propiamente dicho, la del idioma y la palabra. Por eso, se puede decir, que transmitiste tus enseñanzas no solamente en el *lenguaje* conocido, el de la voz, las palabras y la *escritura gramática* propiamente dicha, sino en el *lenguaje* de los *comportamientos*, de las conductas, de los *gestos*, de la *trama* o, mejor dicho, *entramado*, de las composiciones de trayectorias de vida, que hacen la *continuidad* de un perfil y una conducta. La tarea es pues *hermenéutica*, interpretar tus *mensajes* en su *complejidad* y complementaria totalidad.

Ciertamente no es fácil hacerlo; pues no se tiene a mano ni las *herramientas hermenéuticas*, ni los *códigos* apropiados, tampoco la *experiencia*; pero, se aprende. Sobre todo, se aprende que el *mundo efectivo* no se muestra en el *lenguaje* humano institucionalizado, sino que lo hace en múltiples formas de manifestación, que hay que aprenderlas como *huellas* constitutivas de la misma *escritura* de los

*signos*. La pregunta es: ¿cómo nos enseñaste a *ser lo que somos*? No es, ciertamente, solo a través de la *pedagogía* emitida en el *lenguaje* conocido y hegemónico, sino a través de distintos *lenguajes*, que, aunque no sean conocidos, transmiten efectivamente el bagaje de *mensajes* que tienen que ser descifrados perceptualmente.

Importa, entonces, el *aprendizaje*, por una parte, y la *enseñanza*, por otra parte. Algo que solo puede ocurrir si hay predisposición para hacerlo, en lo que respecta al *aprendizaje*, y *experiencia* transmisible, en lo que corresponde a la *enseñanza*. Ambas *condiciones de posibilidad* se dan en la espontaneidad de la actitud y de los actos; no es posible *aprender* nemotécnicamente o de manera mecánica, tampoco por obligación. No es posible *enseñar* por simulación de que se enseña, como repetición de los mismo, de alguna específica tradición, *paradigma* o, en el peor de los casos, manual. Se *enseña*, en la inmediatez de la *praxis*, en la espontaneidad de la actitud, en la composición armónica de los actos. Nos enseñante en esa inscripción, en distintos *planos de intensidad* de lo que eres. Abusando de la *filosofía*, se podría decir que desplegaste en la enunciación múltiple en plurales planos de intensidad del acontecer, una *ontología familiar*.

Antes dijimos que no se trata de ninguna *apología*, ahora podemos decir claramente que no se trata tampoco de ninguna *alabanza*, menos del *ritual ceremonioso* de fechas imprescindibles de la *historia* familiar; que aunque sean lindas por sus desbordes emotivos y su función cohesiva, no dejan de rebosar la excedencia de la *retórica*. Sino se trata de responder a preguntas cardinales; ¿Quién eres para nosotros? ¿Cómo has incidido en nuestra *constitución estructural subjetiva*? ¿Cómo configurar el *campo gravitatorio* que creas, en el

que nos movemos como órbitas, incluso como saltos orbitales o, mucho más, como *líneas de fuga*, que definen otras trayectorias? Estas preguntas son fundamentales; no dejan de serlo, aunque no se las responda. Es abrir *horizontes* el buscar responderlas; es *experimentar* el mismo *horizonte* en toda su longitud no responderlas, aunque asumirlas vivencialmente.

Puede haber una inclinación "intelectual", por así decirlo, querer responderlas, que no pueden reclamar *pretensión de verdad*; o puede haber, mas bien, una inclinación sentimental, más directa existencialmente que la búsqueda *teorista*; lo que importa es *saber*, de una u otra manera, la *incidencia* profunda y constitutiva de tu *presencia* en los itinerarios de nuestras vidas.

¿Para qué todo esto? Este meandro reflexivo. Tan solo para buscar continuar tus *recorridos* en otras *tramas* y *narrativas*, las nuestras, de una manera *inteligible*, aunque sea exageradamente conceptual.